

# aulos

**Revista Musical**

— Santiago de Chile

**Octubre de 1932**

**Año I — Núm.**

# el ambiente a través de los años

## (contribución a la historia musical chilena)

POR HUMBERTO ALLENDE

Las primeras noticias acerca de la vida musical en Chile datan de fines del siglo XVIII en que los padres franciscanos Mardux y Ajuria elevaron el nivel del arte religioso, introduciendo en el repertorio de las iglesias sus propias composiciones, lo que les valió el ser llamados como profesores en las primeras familias de Santiago.

Las clases pudientes, las únicas que habían logrado por ese entonces poseer algunos instrumentos, reunían cincuenta o sesenta claves, veinte o treinta arpas, gran número de guitarras, algunas espinetas, (especie de pequeño clave), a los cuales habría que agregar uno que otro salterio, instrumento semejante a la lira pero de mayor sonoridad.

Por esta misma época, llegaron a Santiago los dos primeros pianos, construidos en Sevilla, uno para doña Teresa Larraín de Guzmán y el otro para don Manuel Pérez de Cotapos.

Las reuniones musicales, todas de carácter privado, dieron ocasión al lucimiento de algunos artistas; entre éstos se recuerdan los nombres de las cantantes Esterripas, Orunas, Velasco y Muñoz, los arpistas Salinas y Barros, el flautista Cartabía y el violinista portugués Juan de Luiz. Por lo que a una orquesta se refiere, sólo existía el conjunto de la Catedral, formado por ocho instrumentos, incluso el órgano, al que se agregaban tres voces y su director que lo era el Maestro de Capilla.

En los primeros años de la Independencia, llegaron al país los instrumentos de bronce, que como lo atestigua el hecho de haber la corneta constituido una novedad al arribo del Batallón Talavera, eran desconocidos hasta entonces (1814). En el asalto de Yerbas Buenas, ocurrido poco antes, (abril de 1813) dice el General Carrera en el parte enviado al Gobierno justificando el desastre, que éste se debió a la muerte del Tambor, seguramente el único de que el Jefe del Ejército patriota disponía. Esto hace pensar que también los instrumentos de percusión eran muy escasos.

Por ese tiempo se formó en la capital una Banda de Músicos que vino a reemplazar la de la Catedral en que predominaban los instrumentos de cuerda. Guillermo Carter, buen clarinetista, que también poseía otros instrumentos, fué su jefe. A su cargo estuvo la enseñanza de los instrumentos de viento que él transmitió a los violinistas los que llegaron a contituir la base de la nueva agrupación. El repertorio de la Banda de Carter se componía de unas veinte sinfonías de Stamitz, Haydn y Pleyel, al que habría que agregar las composiciones del lego de la Buena Muerte Campderros, cuyas obras servían de fundamento a la música de la Catedral.

Hasta 1819 no progresó gran cosa el arte musical. En ese año llegó el aficionado alemán Carlos Dréwetke trayendo colecciones de sinfonías

y cuartetos de Haydn, Mozart, Beethoven etc., obras que al ser difundidas entre los músicos, vinieron a revelar los buenos compositores instrumentales de ese tiempo.

Con el año 1822 llegó un impulso decisivo al arte naciente: Don Fernando Guzmán y su hijo Francisco, venidos de Mendoza, profesor de piano el primero y el segundo buen violinista inauguraron un estudio más serio de la técnica haciendo practicar a sus discípulos ejercicios y escalas. Desde aquella época se estableció en Chile esta familia que tantos buenos artistas ha dado al país.

En ese mismo año llegó a Santiago la señorita Isidora Zegers, amiga personal de Rossini, causando verdadera revolución en la música vocal; a ella se debió el conocimiento de las óperas de este maestro. Según tradiciones de familia, el Barbero de Sevilla habría sido escrito para ella con la intención que la señorita Zegers, cantante distinguida, lo pusiera en escena. Vinieron también en 1822 don Bartolo Filomeno, violinista de mérito y maestro de canto y el argentino Juan Crisóstomo Lafinu, excelente pianista que asombró por su memoria al ejecutar sin música cuanto habían escrito para piano Haydn, Mozart y Dussek.

Poco después los violinistas Massone y el célebre Ernesto Sivori, discípulo predilecto de Paganini, despertaron el cariño por el arte.

En 1826, se fundó la primera institución musical, "La Sociedad Filarmónica", que a pesar de los grandes esfuerzos de sus socios, no alcanzó el éxito deseado y que merecía, debido a que el público prefería los bailes y cantos típicos.

Por ésta época los únicos compositores dignos de ser mencionados eran Manuel Robles y José Zapiola, figura, este último, sobresaliente en esos años como propagandista entusiasta de la buena música, crítico, musicólogo, director de orquesta, redactor del semanario musical y más tarde Director del Conservatorio Nacional de Música. Gracias a las "Memorias" de Zapiola conocemos el comienzo del arte en Chile y sabemos que él dirigió la primera Compañía de Opera que durante siete meses actuó con éxito en Santiago.

La llegada del notable pianista Barré, en 1832, efectuó una feliz transformación del arte chileno. Barré había obtenido el primer premio de piano en el Conservatorio de París y en sus conciertos dió a conocer la música de Herz cuyo sistema pianístico estaba entonces muy en boga en Europa.

A pesar del adelanto alcanzado, que permitía ya a los músicos vivir con cierta holgura, debido a los sueldos de la Catedral y del Teatro Artega, a las bandas de músicos de los Cuerpos Cívicos y a las filarmónicas, permanecía el coro de esta Iglesia en un incomprensible estado de atraso musical. Para remediarlo hizo el Gobierno venir de Francia algunos músicos que, por desgracia, no trajeron los beneficios esperados. Solamente el señor Lanza, maestro de capilla, era un artista de mérito y gracias a él la Sociedad Filarmónica recibió nueva vida. Este maestro fué secundado inteligentemente por los señores Solar y Borgoño.

1836 fué demolido el único teatro que poseía la ciudad de Santiago y sólo cuatro años más tarde, se levantó el llamado Teatro de la Universidad, en el que volvió a presentarse el violinista Sivori cuya primera jira había dejado tan gratos recuerdos.

Al Teatro de la Universidad, llegó la segunda Compañía de Opera que visitaba la capital; ella traía como primeras figuras a Teresa Rossi y Clorinda Pantanelli cuya actuación produjo tal entusiasmo que fueron ambas paseadas en triunfo por las calles de la capital. El señor Lanza se incorporó como barítono a esta Compañía, que según José Zapiola, era digna de calurosos aplausos por su perfecta organización. La Compañía Pantanelli después de dar a conocer en Santiago su repertorio de óperas que amplió el horizonte musical, se marchó a Valparaíso llevando consigo a los mejores elementos del coro de la Catedral, a fin de inaugurar en esa ciudad el primer teatro de óperas que en ella se conoció.

Con motivo de esta emigración en masa, el Arzobispo tuvo la idea de reemplazar la orquesta por un gran órgano. A este efecto encargó a Inglaterra el magnífico instrumento que hoy posee la Catedral de Santiago e hizo venir al famoso organista Howell. Poco tiempo después de Howell, llegó a Chile el excelente organista de San Eustaquio de París Adolphe Desjardins.

M. Desjardins organizó el Conservatorio Nacional de Música o "Escuela de Música y Canto de la Cofradía del Santo Sepulcro" como se llamó en sus comienzos, cuya creación lleva la firma del Presidente Bulnes en decreto de 26 de octubre de 1849. Cooperaron en su formación don Miguel de la Barra, don Pedro Palazuelos y don José Gandarillas.

En 1852 llegó a Chile la tercera Compañía de Opera, dirigida por Neumann. En ese mismo año apareció el primer periódico musical que registra nuestra historia, fundado por Zapiola, el "Semanario Musical" cuya publicación se detuvo a los 16 números. Ninguna otra publicación musical apareció hasta el año 1869 en que don Ruperto Santa Cruz publicó 40 números del periódico "Bellas Artes."

Los teatros de Santiago, reducidísimos en número, se vieron incrementados en 1871 con dos nuevas salas, por las que desfilaron grandes figuras de entonces como Gottschalk y la Patti.

Dos años más tarde, Santiago y Valparaíso vieron desarrollarse sus instituciones con un Club Musical en cada ciudad. La organización del de Valparaíso se debió a la señorita Josefina Filomeno, quien, antes de fundarlo, realizó una brillante gira por los Estados Unidos y Europa.

La llegada de don José Ducci, representante de una fábrica de pianos de Florencia, marca un nuevo adelanto musical. El señor Ducci arribado a Chile en 1875, era un pianista distinguido y entusiasta músico, que improvisó una sala de conciertos en su casa en la que se ofrecieron audiciones de música de cámara.

Pocos años antes había aparecido la revista "Salón" (1873) cuyas crónicas musicales contribuyeron a mejorar el ambiente.

La primera organización ya oficial de buena música fué la "Sociedad de Música Clásica" creada en 1879, con el objeto, según dicen sus Estatutos, de "propagar la música clásica y dar a conocer las obras modernas de estilo análogo por medio de conciertos". Se componía de socios activos y protectores y la presidía don Enrique Arnolson quien, por haberse ausentado del país, fué reemplazado por don José Ducci. Secretario de esta sociedad era don José Miguel Besoain. El señor Besoain, aficionado entusiasta, ha sido

el alma por muchos años de todo el culto a la buena música; en su casa y por su iniciativa se han efectuado por más de medio siglo audiciones por las cuales pasaron cuantos artistas de mérito llegaron a la capital. Guarda el señor Besoain una estadística minuciosa no sólo de las composiciones ejecutadas y por quién ellas lo fueron, sino aún de los asistentes y de la opinión que en cada concierto se formó la concurrencia acerca de las obras presentadas. Con esto, el archivo del señor Besoain es una de las fuentes más valiosas de que disponemos para conocer el pasado musical chileno.

La Sociedad de Música Clásica, cuya existencia se vió interrumpida como consecuencia de la Guerra del Pacífico, destacó muchas personalidades musicales de efectivo valor; entre éstas merecen citarse los pianistas José Ducci, Enrique Arnolson, Eustaquio Guzmán, Tagliaferro y De Petris, los violinistas Francalucci, Eulogio y Ramón Flores, los violistas Yunge y Moisés Flores y los violoncelistas Caillou y Arturo Hügel. El repertorio dado a conocer en las audiciones, comprendió lo más estimado de los compositores de música de cámara, tanto los clásicos como los que en ese entonces representaban el arte moderno.

Varios años transcurrieron después de disuelta la anterior sociedad, cuyas audiciones llegaron a unas veinte, antes que se lograra reemplazarla por una más estable. Esto no sucedió, sino en 1885, en que se funda la Sociedad de Cuarteto, cuya reorganización en 1888 la dedica a conciertos públicos de música de cámara y en especial de cuarteto de cuerdas. Catorce audiciones dió esta colectividad a los aficionados, en el Gran Salón Central del Círculo Católico. Sus miembros principales eran Juan Gervino, Alberto Ceradelli, Germán Decker, Arturo Hügel y don José Miguel Besoain que tenía a su cargo la administración.

Don Moisés Alcalde, ex-Director del Conservatorio, dió entre 1886 y 1890 varias series de conciertos sinfónicos y vocales que, con los de la sociedad anterior, fueron la principal muestra de vida musical que dió el país.

Poco años después, desde 1890 hasta 1900, don Luis Arrieta Cañas, organizó, en su castillo de Pañalolén, situado en los alrededores de Santiago, numerosas audiciones de música de cámara en las que prestaron su colaboración los artistas Paoli, Varalla, Melani, Ceradelli, Brighenti y otros.

Después del año 1900, la vida musical chilena adquiere cada día mayor robustez y las audiciones periódicas se suceden casi sin interrupción de año en año. Entre éstas descuellan: los conciertos de música de cámara ofrecidos en el Teatro Novedades por Luigi Stéfano Giarda, con el concurso de Paoli, Varalla, Ceradelli y Guerra, desde 1906 a 1908; las audiciones sinfónicas dirigidas en el Teatro Unión Central por Celerino Pereira L., actuando como solistas el pianista argentino Hugo del Carril y el violinista chileno Florencio Mora (1908).

La fundación de la Sociedad Orquestal de Chile, en 1912, bajo la presidencia de Ferruccio Pizzi, permite ya una obra más seria y, en 1913, se oyen en una serie completa, las sinfonías de Beethoven bajo la dirección de Nino Marcelli.

Las publicaciones musicales son más frecuentes a partir de los últimos años del siglo pasado, contándose hasta la fecha las revistas "Aurora Musical" dirigida por Rafael Allende Sarón, en 1895; "Arte y Vida", de Manuel

Bastén (1911); "La Orquesta", órgano de la Sociedad Orquestal de Chile (1913-1914); "Música", de Aníbal Aracena (1920); "Marsyas", órgano de la Sociedad Bach (1927-1928); la "Revista de Arte", del Departamento de Educación Artística, ambas dirigidas por Carlos Humeres y la "Revista Musical", del Conservatorio como órgano de los alumnos.

La tendencia a llevar al público una comprensión más profunda del arte se exterioriza por las conferencias sobre formas musicales dadas por Luigi S. Giarda, las que ofreció sobre música criolla Pedro Traversari, las de Eduardo García Guerrero sobre la vida de algunos compositores incluyendo en ellas ya los autores modernos y las que en los años 1917, 1918 y 1926 tuve yo el honor de leer sobre "La orquesta moderna"; "La música pre-modernista"; "La música modernista" y sobre "La música en Chile". Deben recordarse también los ciclos de conferencias, tanto históricas como técnicas, ofrecidos por la Sociedad Bach desde 1927 en adelante y las incorporadas a los cursos de divulgación de la Universidad de Chile.

Tanto en Santiago como en provincias, se han organizado otras sociedades para difundir la buena música, estas son: el Centro de ex-Alumnos del Conservatorio Nacional de Música, dirigido por don Aníbal Aracena, que ha realizado numerosos conciertos; orfeones en las principales ciudades del sur del país, varias sociedades corales alemanas, y el Orfeo Catalá. La mejor organizada, sin embargo, y la que ha ejercido una acción educadora de consecuencias más definitivas, es sin duda la Sociedad Bach, fundada por Domingo Santa Cruz en 1917, reorganizada con fines públicos en 1923 y desde el año siguiente empeñada hasta hoy en la seria difusión del arte antiguo y moderno. La Sociedad Bach, cuyas enérgicas campañas de dignificación artística la hicieron pronto notable, ha obtenido progresivamente la reforma del ambiente por la difusión de la música polifónica, la ejecución de gran número de obras de Bach que prepararon el terreno a la última reorganización del Conservatorio Nacional de 1928, hecha por Armando Carvajal, que marca la entrada de nuestro país en el movimiento musical contemporáneo. A la Sociedad se debieron las primeras leyes sobre música; su acción ha sido llevada públicamente por medio de conferencias, revista, colaboración en la enseñanza y su fin principal es abrir la comprensión general a la totalidad de la historia sin limitación de tendencias ni de época. Colaboraron de un modo efectivo en la Sociedad Bach, además, del que esto escribe, Guillermo Echenique, Carlos Humeres, Luis Vergara, Jorge Urrutia, Alfonso Leng, Samuel Negrete, Tomás Ozcariz, Vicente Yarza y gran número de aficionados y artistas valiosos.

Sin entrar a la producción musical, que me llevaría a calificar personas cuya labor debe ser examinada en forma detenida y cuidadosa, creo, oportuno solamente, recordar que el primero que tuvo la suerte de llamarse compositor chileno fué el ya citado D. Manuel Robles autor de la primera Canción Nacional, substituída en 1828 por la que escribió el Maestro español, don Ramón Carnicer. Contemporáneo de Robles fué José Zapiola autor de la popular Canción de Yungay. Después de un largo período de inactividad, en 1875, los hermanos Eustaquio y Federico Guzmán publicaron algunas obras con las que podemos cerrar el pasado musical chileno dejando a otros colegas el detallar sus demás aspectos.